

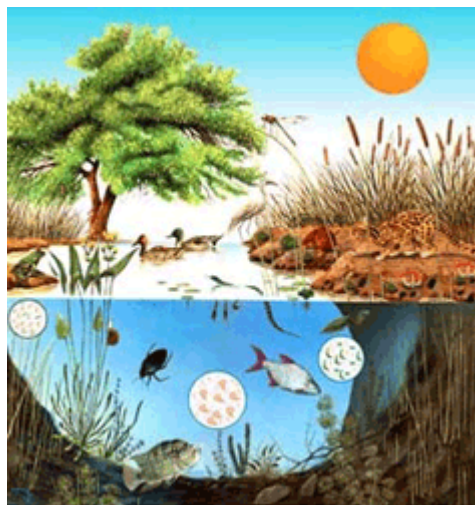
Sociolingüística y linguodiversidad: una aproximación desde la ecología compleja



Albert Bastardas

1. Introducción

La sociolingüística, como aproximación específica a determinados fenómenos relacionados con las lenguas y las sociedades y culturas, no tiene más remedio que tener que concebir y representar la realidad a través de una imagería conceptual determinada. Campo interdisciplinario todavía joven, ha tenido que ir encontrando sus esquemas de representación teórica donde ha podido y donde ha sabido. En esta exploración de modelos y de imágenes de los fenómenos nos ha acompañado desde hace unos años la conceptualización sistémica sobre los fenómenos biológicos que conocemos popularmente como *ecología*. Ciertamente, los objetos sociolingüísticos no son fundamentalmente (sólo) biológicos sino que pertenecen a otro orden emergente de fenómenos, pero hemos encontrado muy iluminadoras y sugerentes las analogías que podíamos construir, los conceptos que podíamos adaptar, las cuestiones que se podían plantear y, en definitiva, el paradigma que se podía intentar elaborar a partir de considerar metafóricamente las lenguas como "especies" culturales que viven en un determinado medio ecosistémicamente organizado.



Sin embargo, hace falta, en este ejercicio de transferencia analógica, estar bien alerta con el fin de no olvidarnos del carácter metafórico de la modelización y para evitar, así, caer en el peligro de una reificación de los sistemas de comunicación lingüística que,

aun situando éstos en contextos socioculturales más amplios que los habituales, nos llevara a la marginación de los individuos en el modelo y al olvido del hecho que estas "especies" culturales son, al fin y al cabo, producto y función de la actividad cognitivo-comunicativa de los seres humanos.

2. ¿Qué nos aporta de fundamental la perspectiva ecológica?

En el *plano teórico*, quizás la gran virtud que tiene la analogía ecológica para la sociolingüística es el de darnos instrumentos conceptuales para plasmar de una manera más operativa aquello que llamamos habitualmente el "contexto". La aproximación sistémica de la ecología biológica (véase Margalef 1991) nos facilita la posibilidad de pensar las formas y códigos lingüísticos en tanto que elementos ineluctablemente integrados en su "hábitat" sociocultural. Las formas y códigos lingüísticos viven ecosistémicamente interrelacionados con otros objetos como las ideas que los individuos tienen sobre la realidad, los significados sociales que otorgan a formas y códigos, la categorización socioeconómica de los individuos, las representaciones grupales, las situaciones políticas, etc. Como diría Morin, las formas lingüísticas están en la sociedad y en la cultura que, a la vez, están en las formas lingüísticas.



Edgar Morin

Desde esta perspectiva podemos entender mucho mejor tanto el cambio como la sustitución y la normalización lingüísticas. El uso o el desuso de las variedades lingüísticas se entienden como consecuencia de la estabilidad o del cambio en los otros aspectos sociopolíticos pertinentes, integrantes del ecosistema sociocultural en conjunto. Cambios en las ideologías o los valores, en la organización económica o política, irrupciones migratorias, innovaciones tecnológicas, etc., que provoquen una ruptura de la estabilidad ecosistémica anterior, pueden conducir muy probablemente a cambios respectivos en las formas y códigos de la comunicación lingüística de los humanos. Las lenguas, pues, como las especies biológicas, no viven nunca en el vacío, sino plenamente integradas y adaptadas con los otros elementos del ecosistema sociocultural (véase Bastardas 1996).

Hay conceptualizaciones precisas de la ecología biológica que nos son de gran utilidad heurística, en especial para la comprensión de los fenómenos evolutivos. Por ejemplo, la comprensión de los contactos entre grupos lingüísticos distintos se enriquece muy notablemente si hacemos caso de los bioecólogos que nos han precedido. El contacto entre dos especies, nos dirán, no es nunca puramente binario, sino siempre ternario. No están nunca sólo los dos conjuntos sino que siempre está presente un tercer elemento: el *medio* donde tiene lugar el contacto. La translación de esta perspectiva en el campo sociolingüístico es extraordinariamente productiva. En el contacto entre dos grupos lingüísticos, por lo tanto, no habrá que estudiar sólo los conjuntos humanos en relación,

sino que al mismo tiempo y sobre todo hay que estudiar el contexto superior en que tiene lugar el encuentro. Al igual que en las especies biológicas, el contexto podrá tender a favorecer más uno que otro, con lo cual este tercer elemento puede actuar de claro determinante de la evolución de la situación (véase Bastardas 1993).

Aparte de la influencia bienhechora que la metáfora ecológica pueda tener en el campo de las representaciones teóricas, hay otro aspecto en que también aparece especialmente sobresaliente. Me refiero al *plano ético*, y, por lo tanto, al plano de la responsabilidad de los humanos en relación a los sistemas lingüísticos. Hemos asistido en los últimos años a un aumento muy importante de la conciencia colectiva sobre la problemática de la extinción y/o conservación de la diversidad biológica. Cada día más y más personas se lamentan de la pérdida definitiva de especies animales y vegetales que la evolución había ido creando sobre el planeta, y, por tanto, la crisis de la biodiversidad aparece como un tema de actualidad en la prensa y en los otros medios de comunicación. Es un tema que está encima de la mesa de determinados responsables políticos, y crecen los movimientos ciudadanos a favor de actuaciones decididas de conservación. En cambio, la conciencia de la crisis de la linguodiversidad parece estar en un segundo plano. Así, no es menos cierto que muchos grupos lingüísticos del mundo están abandonando el uso de sus lenguas ancestrales y, por lo tanto, condenándolas a una desaparición irreversible, en el marco de los grandes cambios económicos y políticos que la extensión de los estados-nación y/o de la industrialización primero, y ahora de la globalización, provocan en sus ecosistemas de subsistencia y reproducción históricos (véase Junyent 1998 y Mühlhäusler 1996).

La perspectiva ecológica -o, si se quiere, más bien "ecologista"- nos puede ser útil a los lingüistas con el fin de argumentar la necesidad de tomar medidas eficaces que frenen la escalada de procesos de sustitución y de extinción lingüísticos que se está produciendo. Si valoramos la diversidad biológica y nos esforzamos para conseguir su conservación, ¿por qué no es igualmente importante tomar una responsabilidad moral en la preservación y el desarrollo de la diversidad lingüística? ¿Por qué condenar a la desaparición a centenares de lenguas y de culturas que pueden contener semillas de creatividad y de innovación para el conjunto de la humanidad? ¿Cómo es que podemos no sentirnos afectados por el malestar de los grupos minoritarios que tienen que abandonar el uso de los códigos propios?

Aquí, pues, el trabajo es largo; el punto de partida, más incipiente; y las resistencias que los poderes económicos y políticos pueden presentar, fuertes y duras. Probablemente, sólo la creación de organismos internacionales, planetarios, capaces de hacer oír su voz de manera universal, puede ayudar a los grupos lingüísticos subordinados a intentar llevar a cabo los cambios contextuales necesarios para que, aun desarrollándose económicamente y culturalmente, lo hagan desde la perspectiva de una conservación actualizada de sus lenguas y culturas, y no de una asimilación salvaje y total a las lenguas y culturas dominantes en el mundo contemporáneo.

3. ¿Cómo se traslada al plano político?

Precisamente el hecho de poder armonizar desarrollo económico, comunicación internacional y mantenimiento o revitalización de las lenguas es uno de los grandes retos teóricos y prácticos que hoy se plantean en el plano político. Si lo hacemos en términos de intervención ecológica, ¿hacia donde tendríamos que dirigir nuestras

actuaciones? Si atendemos a qué dice la ecología biológica al respecto, encontraremos también cosas interesantes. En muchos casos resulta imposible la reconstrucción del hábitat tradicional de una especie determinada que hiciera posible su conservación y reproducción de manera "natural". Los cambios producidos son en muchos casos irreversibles -por la acción de los humanos- y puede ser del todo imposible restaurar exactamente el antiguo medio. ¿Qué se puede hacer, pues? El principio central de la gestión restauradora en la ecología biológica es el siguiente: *"la gestión más efectiva será reconocer la manera en que el contexto falta, identificar los servicios que el contexto habría ofrecido, y subvenir la unidad que se intenta mantener y/o recuperar para acercarla tanto como se pueda al contexto natural previo"* (véase Allen y Hoekstra 1992). La intervención recuperadora deberá, pues, producir un desarrollo normal en ausencia del contexto natural.

Los ecólogos aplicados saben también que este contexto "intervenido" o planificado no será un intento de retornar el sistema a su estado originario, pero sí, en cambio, a una situación "sostenible". Y esta sostenibilidad será posible sólo si la intervención trabaja aprovechando los procesos soterrados del sistema, y no contra ellos. Lo ideal es una intervención desde fuera de la unidad, más que una que fuerce al sistema a actuar de una manera muy prescrita. Hay que intentar utilizar los procesos que tienen lugar espontáneamente con el fin de hacer avanzar su desarrollo, más que oponerse y luchar contra los mismos (véase Allen y Hoekstra 1992).

Si trasladamos estas ideas al plano lingüístico podemos darnos cuenta rápidamente de su validez, a pesar de que también, quizás, nos percataríamos de la dificultad de llevarlas a la práctica en las situaciones de minorización y subordinación en que se encuentran muchos de los grupos lingüísticos humanos. Parece bastante obvio que, como ya hemos dicho, la crisis de la linguodiversidad responde también a esta destrucción de los contextos ecosistémicos que durante largo tiempo han permitido la producción, mantenimiento y desarrollo de la diversidad lingüística de la humanidad.

Más que la adopción de medidas y acciones directamente enfocadas sobre la propia materia lingüística -igual que sobre la biológica en el caso de los ecosistemas-, las intervenciones habrían, idealmente, de centrarse en la creación -asistida- de nuevos contextos que, adaptados a las nuevas situaciones generadas, pudieran ser capaces de dar a sus hablantes razones y funciones suficientes para el mantenimiento del uso de sus variedades propias.

¿De qué manera falta el contexto histórico en aquellos grupos lingüísticos que han llegado a fases de minorización y de sustitución lingüística por subordinación política y/o económica? La primera razón fundamental es que, con respecto al mantenimiento de la transmisión lingüística intergeneracional, falta la expectativa que haga ver como "normal" la reproducción lingüística en los hijos de las variedades lingüísticas de los padres y de sus antecesores. ¿Qué tiene el nuevo contexto que hace que los padres decidan renunciar a transmitir a los hijos su lengua primera (L1) -y habitual-? Con toda probabilidad, si unos padres, supongamos de lengua 'x', deciden transmitir 'y' como L1 de los hijos es que habrán evaluado que, por el contexto en que viven, será más ventajoso para los hijos el código 'y' que el 'x'. Encontramos de nuevo la centralidad del contexto. ¿Qué ha pasado en este entorno que hace que los padres tomen esa decisión? Muy posiblemente habrá habido cambios -por ejemplo el paso de la economía tradicional a otra moderna, tecnologizada, y, muy a menudo, en manos de personas y de

organizaciones exogrupales y en un marco político de subordinación- que habrán producido el desuso de 'x' en estos ámbitos y la incorporación correlativa de 'y'. En esta situación, 'y' será vista como la lengua más necesaria para el futuro económico, será asociada con valores de prestigio y estatus formales, y, recíprocamente, 'x' puede ser vista como perteneciente más bien al pasado, a la antigua organización, desvalorada y, en último extremo, prescindible.

Claro está en este caso que el redireccionamiento óptimo de la situación pasará por intervenir sobre el contexto político y económico, para que el grupo humano perciba que su código continuará teniendo una utilidad futura y que será de uso público plenamente legítimo y habitual en el futuro inmediato. Fijémonos que son estos aspectos precisamente los que explican que los grupos lingüísticos mayoritarios no se planteen habitualmente qué lengua deben transmitir a los hijos, aunque estos deban poliglotizarse después. La intervención política será, pues, fundamental en la recuperación y/o mantenimiento del grupo lingüístico. También será de gran importancia la intervención económica, para que el grupo disponga de un grado importante de autocontrol económico.

Si, por las causas que sean, no fuera posible lograr ese cambio contextual general, la intervención debería tener el objetivo de lograr cuando menos una situación sostenible en que la imagen y el valor de las variedades lingüísticas propias sean lo suficientemente positivas, y en que éstas dispongan de funciones públicas importantes y prestigiosas -aparte, obviamente, de las interpersonales no formales-. Una posible organización para situaciones menos óptimas es la basada en el otorgamiento de funciones exclusivas al código en recesión. Pese a que no se haya podido crear de nuevo un contexto donde la comunicación lingüística del grupo funcione totalmente en la variedad autóctona, la atribución en exclusiva de un núcleo fuerte de funciones puede devolver a la variedad su carácter de útil y necesaria y, por lo tanto, dotarla de valor para la transmisión lingüística intergeneracional a los ojos de los progenitores. Así, pese a que el grupo puede no disponer de todas funciones para su código propio, éste sí que tiene claramente reservados unos usos suficientes y aceptados por todo el mundo, que lo dotan de funcionalidad y de interés, y lo hacen necesario para el presente y el futuro, asegurando así la sostenibilidad de una situación equilibrada (véase Bastardas 2005).

4. Algunos límites de la analogía

En el establecimiento de correspondencias entre los hechos y conceptos de la ecología biológica y los de la ecología lingüística o cultural hace falta establecer de manera clara, como hemos dicho, el distinto nivel de pertenencia de las dos esferas. Una de las grandes diferencias fundamentales en el plano de la concepción de los objetos es la presencia del fenómeno mental en los seres humanos. Pese al importante grado de determinación de sus contextos materiales, las posibilidades mentales de las personas hacen que puedan ser más creativas en sus relaciones con el entorno y que, a diferencia de los seres con menos conciencia e inteligencia, puedan plantearse, por ejemplo, desafiar las presiones del contexto e intentar modificarlo a su favor. Aquí, pues, el grado de determinismo puede ser menor y la reconducción de los procesos en el plano sociocultural por parte de sus propios protagonistas es mucho más posible.

Por lo tanto, la aproximación no puede ser puramente "contextual" sino que debe contemplar también el plano de las representaciones, de las narrativas, de las prácticas

sociales y de los valores a través de los cuales los humanos viven las situaciones. Una perspectiva excesivamente bioecológica nos podría llevar de nuevo a concepciones que se han mostrado erróneas -pero todavía bastante presentes en algunos sectores- basadas en una sociología sin mente, es decir, en una visión de las personas como autómatas determinados externamente más que como individuos capaces de pensar y de cambiar la realidad. Nos hace falta, pues, construir una ecología compleja sociocognitiva e histórica que a la vez que contempla las influencias contextuales vea éstas en términos dinámicos y tenga en cuenta también las posibilidades mentales de los sujetos, con todo lo que esto implica. De hecho, ésa es la dirección que toman los trabajos de Edgar Morin (véase por ejemplo 1991), que buscan, a través del ecologización de todo el pensamiento, la construcción de una perspectiva de la complejidad capaz de integrar adecuadamente los individuos y sus contextos, el micro y el macro, y las dinámicas históricas en que se producen los acontecimientos.

Desde el punto de vista ético, la posibilidad de intervenir en los procesos sociolingüísticos también se complica. No tiene las mismas implicaciones realizar acciones para intentar salvar una especie de su extinción que intervenir para intentar mantener y/o recuperar una lengua determinada. En el primer caso no hace falta contar con la voluntad explícita de los mismos participantes -que, presuponemos, estarán de acuerdo con la intervención-, mientras que en el segundo caso, eso sería amoral y anormal. Por más razón que los lingüistas conservacionistas creamos tener no se puede obligar a un grupo humano a mantener unos comportamientos lingüísticos concretos sin su participación voluntaria y activa, y todavía menos contra su voluntad. La ética sociolingüística, pues, tomando como punto de partida la igualdad de todas las lenguas, y aspirando a la preservación de la diversidad lingüística que nuestra especie ha creado, no puede olvidar la necesaria aquiescencia y adhesión de los actores sociales a esos objetivos. La ética ecolingüística debe contar siempre con las personas y su autonomía, y deben ser ellas su centro y su motivación fundamental.

Esta dimensión ética introduce evidentemente diferencias también importantes en el plano político, entre una bioecología y una socioecología o ecolingüística aplicada. Por lo tanto, las medidas de intervención deben ser adoptadas con los procedimientos democráticos y de participación ciudadana adecuados y llevadas a la práctica con el respeto y la consideración necesarios para con las voces discrepantes. Ciertamente, conseguir los acuerdos sociales necesarios entre los afectados no será a veces fácil, dada la situación típica de los grupos lingüísticos minorizados que se deben debatir casi siempre entre el dilema de la utilidad y la identidad, entre dejar de lado sus variedades lingüísticas y adoptar para todo la lengua exógena dominante o bien ignorarla en favor del mantenimiento de la identidad colectiva, aunque esto pueda ser a veces más desventajoso desde el punto de vista económico. Todas estas dificultades no estarán evidentemente presentes en las acciones de restauración bioecológica, que tienen bastante con construir un hábitat natural suficientemente adaptado a las exigencias existenciales de la especie, la cual se adapta de forma determinística, si las condiciones son las adecuadas para su supervivencia y continuidad.

En cambio, la adaptación de los individuos a contextos construidos de forma planificada con objeto de mantener su continuidad lingüística puede no ser tan fácil como la adaptación de las especies animales a sus hábitats más o menos "artificiales". Pese a la aquiescencia de la población, es posible que las medidas políticas y/o de otro tipo no tengan los efectos deseados en el conjunto social y que no consigan, pues, el éxito

previsto. El menor grado de determinismo ambiental de los comportamientos socioculturales respecto de los mecanismos genéticos puede hacer que el contexto (re)construido no sea capaz de lograr el mantenimiento lingüístico, tal y como lo haría si se tratara de la existencia material del organismo.

De hecho, no sólo el éxito sino la misma posibilidad de intervenir eficazmente en favor de la preservación de la diversidad lingüística es ya mucho más difícil en el caso de los humanos. Así como, por ejemplo, un grupo humano mayoritario puede valorar positivamente la adopción de políticas de preservación de especies animales y vegetales en vías de extinción, el mismo grupo puede no ver nada clara la posibilidad de actuar en favor del mantenimiento de la diversidad lingüística en los territorios controlados por el Estado del cual puede ser el conjunto dominante. Paralelamente a la ausencia de una conciencia ética menor en el plano de la preservación lingüística, existe también el predominio de ideologías y de intereses que, más que actuar a favor de la diferencia lingüística, promueven la asimilación y la homogeneidad de los grupos territoriales distintos del dominante. En el caso lingüístico, podemos encontrarnos fácilmente, por tanto, con la negativa de los grupos mayoritarios a ayudar a los minoritarios en su mantenimiento lingüístico. En este marco, las intervenciones a favor de la creación de contextos de continuidad cultural puede ser difícil y/o imposible, pese a la petición activa del grupo subordinado, el cual, con poco o ningún control sobre su propio espacio social, puede verse abocado a una lenta pero irreversible extinción en cuanto que grupo lingüístico específico. En estas condiciones, a escala planetaria, quizá salvar y organizar adecuadamente la linguodiversidad puede llegar a ser más difícil que salvar la biodiversidad (véase Bastardas 2007).

5. Conclusión

Hemos visto cómo la metáfora ecológica es productiva e inspiradora para la aproximación sociolingüística, siempre que se tengan claras las diferencias entre los planos biológico y sociocultural. Si somos capaces de distinguir las peculiaridades de los mecanismos en cada uno de estos niveles de existencia, el estudio transdisciplinario y la translación conceptual crítica pueden ser de gran ayuda tanto para el avance teórico del enfoque sociolingüístico -y globalmente de la lingüística en general- como para la elaboración de principios éticos y de intervención ecolingüística.

Como he mencionado ya antes, creo que el camino acertado es dirigirse hacia la construcción de una perspectiva de la complejidad eco-socio-cognitiva, siguiendo la pauta marcada, entre otros, por Edgar Morin. Inspirados por las analogías de otras disciplinas, pero a la vez creativos e innovadores a partir del intento de comprensión de los hechos de nuestros campos, los investigadores socioculturales tenemos ahora la posibilidad histórica de producir paradigmas nuevos que, manteniendo la "consiliencia" con el resto de las disciplinas científicas reclamada por Edward Wilson, nos permitan avanzar decididamente hacia una comprensión superior de los fenómenos humanos.

Así, poder explicar más adecuadamente los fenómenos socioculturales -y, entre ellos, los acontecimientos y procesos sociolingüísticos- nos permitirá promover principios éticos más profundos en el terreno de la diversidad lingüística e igualmente proponer actuaciones de tipo global -político, económico, mediático, ideológico, etc.- que puedan contribuir más eficazmente y extensamente que hasta ahora a la preservación y al desarrollo de la riqueza lingüística y cultural de la especie humana. Inmersos en una

época de interrelación y de solidaridad a escala planetaria, tenemos la responsabilidad de promover organismos mundiales que se ocupen del mantenimiento de la diversidad, extiendan la comprensión de su valor, y velen porque los grupos lingüísticos menores y en situación de debilidad puedan disfrutar de ecosistemas sociopolíticos favorables, manteniendo al tiempo la cooperación y fraternidad universales.

Referencias bibliográficas

- Allen, T. F. H., y T. W. Hoekstra: Toward a unified ecology. Columbia University Press, Nueva York, 1992.
- Bastardas i Boada, Albert: "Llengua catalana i futur: notes des d'una perspectiva eco-sistèmica", Revista de llengua i dret, 19 (julio), 1993, pp. 81-93 (accesible en línea: <http://www10.gencat.net/>).
- Id.: Ecologia de les llengües. Medi, contactes i dinàmica sociolingüística. Proa, Barcelona, 1996.
- Id.: "De la 'normalització' a la 'diversitat' lingüística: cap a un enfocament global del contacte de llengües", Revista de llengua i dret, 34, 2000, pp. 151-165 (accesible en línea: <http://www10.gencat.net/>).
- Id.: Cap a una sostenibilitat lingüística. Barcelona: Angle ed. / CETC. (Versión reducida: "Linguistic sustainability for a multilingual humanity", Glossa. An interdisciplinary journal, vol. 2, n. 2, 2005. En línea: <http://bibliotecavirtualut.suagm.edu/>).
- Id.: Les polítiques de la llengua i la identitat a l'era 'glocal'. Institut d'Estudis Autònoms, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2007. (Disponible en línea: <http://www.gencat.cat/>).
- Junyent, Carme: Contra la planificació. Una proposta ecolingüística. Empúries, Barcelona, 1998.
- Margalef, Ramon: Teoría de los sistemas ecológicos. Publicacions Universitat de Barcelona, Barcelona, 1991.
- Morin, Edgar: La Méthode. 4. Les idées. Leur habitat, leur vie, leurs moeurs, leur organisation. Seuil, París, 1991.
- Mühlhäusler, Peter: Linguistic ecology. Language change and linguistic imperialism in the Pacific region. Routledge, Londres, 1996.
- Wilson, Edward O.: Consilience. The unity of knowledge. Abacus, Londres, 1998.